**Bautismo del Señor - Ciclo B**

**Lectura del libro de Isaías (42,1-4.6-7):**

Así dice el Señor: «Mirad a mi siervo, a quien sostengo; mi elegido, a quien prefiero. Sobre él he puesto mi espíritu, para que traiga el derecho a las naciones. No gritará, no clamará, no voceará por las calles. La caña cascada no la quebrará, el pábilo vacilante no lo apagará. Promoverá fielmente el derecho, no vacilará ni se quebrará, hasta implantar el derecho en la tierra, y sus leyes que esperan las islas. Yo, el Señor, te he llamado con justicia, te he cogido de la mano, te he formado, y te he hecho alianza de un pueblo, luz de las naciones. Para que abras los ojos de los ciegos, saques a los cautivos de la prisión, y de la mazmorra a los que habitan las tinieblas.»

**Salmo 28,1a.2.3ac-4.3b.9b-10

R/.** *El Señor bendice a su pueblo con la paz*

Hijos de Dios, aclamad al Señor,
aclamad la gloria del nombre del Señor,
postraos ante el Señor en el atrio sagrado. **R/.**

La voz del Señor sobre las aguas,
el Señor sobre las aguas torrenciales.
La voz del Señor es potente,
la voz del Señor es magnífica. **R/.**

El Dios de la gloria ha tronado.
En su templo un grito unánime: «¡Gloria!»
El Señor se sienta por encima del aguacero,
el Señor se sienta como rey eterno. **R/.**

**Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles (10,34-38):**

En aquellos días, Pedro tomó la palabra y dijo: «Está claro que Dios no hace distinciones; acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que sea. Envió su palabra a los israelitas, anunciando la paz que traería Jesucristo, el Señor de todos. Conocéis lo que sucedió en el país de los judíos, cuando Juan predicaba el bautismo, aunque la cosa empezó en Galilea. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él.»

**Lectura del santo evangelio según san Marcos (1,7-11):**

En aquel tiempo, proclamaba Juan: «Detrás de mí viene el que puede más que yo, y yo no merezco agacharme para desatarle las sandalias. Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo.»
Por entonces llegó Jesús desde Nazaret de Galilea a que Juan lo bautizara en el Jordán. Apenas salió del agua, vio rasgarse el cielo y al Espíritu bajar hacia él como una paloma.
Se oyó una voz del cielo: «Tú eres mi Hijo amado, mi predilecto.»

**COMENTARIO /B**

Tal vez nos acordemos de algunos consejos de nuestros padres: No te juntes con malas compañías, mira: *“El que con lobos anda a aullar aprende”*. Ojo con ese grupito de amigos: *“Dime con quien andas y te diré quién eres”.* Estas recomendaciones de nuestros padres y la sabiduría popular de nuestros pueblos, podríamos aplicarlas hoy a Jesús. Afirma Pedro en la segunda lectura: *“Así pasó él, haciendo el bien y curando a todos los que estaban bajo el dominio del diablo, porque Dios estaba con él.”* Jesús tuvo como principal compañía al Padre Dios. Él anduvo con Dios y Dios con Él. Tan profunda fue esa amistad, que lo llamó Abba: Papito querido (Gal 4,6). Dijo además, que el Padre estaba en Él y Él en el Padre (Jn 10,38.17,24), y que el Padre y Él eran uno sólo (Jn 17,11). En el relato del bautismo que leemos hoy, el Padre Dios reconoce a Jesús como su hijo: *“Tú eres mi Hijo muy querido, en ti tengo mi complacencia.”*

Nadie puede dar lo que no tiene. El amor, el perdón, la misericordia, la entrega generosa y toda la buena obra de Jesús, la realizó porque estaba lleno del amor de Dios. Bautizar significa sumergir, y Jesús se sumergió en las aguas profundas del Amor de Dios Padre y vivió empapado de Él. El Espíritu Santo lo cubrió y lo acompañó durante toda su existencia. Por eso vivió de manera limpia delante de Dios y de la humanidad. Su vida, su manera de tratar a las personas, sus palabras y sus obras, son la mejor muestra de que realmente Dios estaba con Él.

La religión oficial liderada por sacerdotes, escribas, maestros, fariseos, etc., ponía su énfasis en el cumplimiento estricto de la Ley y los preceptos, y de los ritos externos. De esta manera creaba una división entre cumplidores y no cumplidores, puros e impuros, sabios e ignorantes. Más que un medio para encaminarse hacia Dios y salvar al ser humano, la religión se había convertido en un mecanismo para satisfacer el afán de protagonismo de sus líderes, el deseo por influir a su favor en la sociedad y defender sus privilegios.

La relación de Jesús con Dios no lo llevó a creerse santo o inmaculado, ni lo alejó de los demás seres humanos. Nunca se creyó el mejor de todos, ni juzgó a los demás por pecadores o impuros. La autenticidad de su relación con Dios, la descubrimos al ver que, en lugar de querer ser como Dios, aceptó su humanidad emergente desde hacía miles de años, como todos los humanos. La autenticidad de Jesús la descubrimos en su actitud respetuosa y sin escrúpulos para entrar en comunicación de amor con pobres, enfermos, pecadores, prostitutas e ignorantes, así como con los sabios y entendidos.

La profecía de Isaías: *“Siervo de Yahvé”* la podemos aplicar a Jesús. *“No gritará”*: es decir, no impondrá su proyecto por otra fuerza distinta a la del amor. *“La caña cascada no la quebrará, el pabilo vacilante no lo apagará”.* Él no vino a humillar al caído ni a anular la pequeñez humana, sino a potenciar sus posibilidades y a darle la mano al débil. Vino a rescatar a la humanidad de la indignidad y de todo tipo de esclavitud; a dar luz a los ciegos, libertad a los cautivos, y a promover el derecho y la justicia.

A la luz de esta fiesta, vale la pena que hoy revisemos nuestra vida de bautizados. ¿Estamos continuamente sumergimos en el amor de Dios (bautizar significa sumergir) y nos dejamos acompañar por él? ¿Nos sentimos, como Jesús, los hijos amados de Dios Padre, y le complacemos con nuestra manera de vivir? Pasar por la vida haciendo el bien, como lo hizo Jesús, es la señal más fehaciente de que somos hijos amados de Dios.